

Una historia tiene vida propia. Respira. Siente. Padece. Como una persona. Es por ello que puede ser hermosa con una suave piel de palabras entrelazadas que se eriza por cada suceso que la marca, que se quema por cada desdicha ocurrida y que ama cada mirada que por ella se desliza hasta el siguiente punto y aparte. Una historia puede darte la mano e impulsarte a seguir, puede llevarte a la cama y hundirte en un mar de lágrimas. Una historia puede oprimirte la garganta, hacerte sudar y susurrarte al oído unas últimas palabras al igual que puede acariciarte la cara, acercarse y darte un beso que dure hasta el punto y final.

Esto me enseñó Julián. A ver más allá de la piel. Buscar bajo las palabras un corazón de ideas que late al ritmo de comas y de acentos. Mi profesor me enseñó a crear estos cuerpos como quien crea un cristal precioso en el que se encierra una parte de sí, un reloj de arena en el que dejas parte de un yo que se vuelve imperecedero, un refugio donde un fragmento de tu alma dará para siempre el mismo discurso al mundo. Pero, sobre todo, me enseñó a amar su creación.

Primero se crea el corazón. Esta parte es la más difícil, pues consiste en deshacerse del fragmento de uno mismo llamado "idea o mensaje", el cual es directo y puro. Después se crea el cuerpo, conformado de palabras. Éstas deben de ir acordes al corazón pues, si su mensaje es duro, debe mostrarse insondable y definitivo, lo suficientemente fuerte como para mirarte a los ojos y penetrar hasta tu alma. Pero si, por el contrario, el corazón pretende ser amado, el cuerpo debe mostrarse bello, irresistible y ardiente. Por último, se da la vida al texto, diferenciándolo de otros creadores como hacen los artesanos con sus obras, creadas a mano y con esmero. Esto se consigue mediante la unión de palabras del cuerpo única de cada escritor.

Esto me enseñó Julián. A crear seres bellos con alma noble. Imperecederos y atemporales. Es por ello que, mirando atrás, pienso qué bonito sería conseguir enseñar al futuro la pasión del pasado por sus creaciones, para que un día, cuando mi presente no pueda más, relea el cuerpo de un corazón puro y piense en mí como yo hago con Julián.